

Raúl Morales La Mura: un viaje para capturar recuerdos

Poeta y nieto del Premio Nacional de Periodismo, Raúl Morales Álvarez y de Elena Wilson, dejó su exilio en Francia para encontrar las últimas huellas quillotanas de su abuelos

El poeta Raúl Morales La Mura aún era un niño y su abuelo era un gigante ante sus ojos. «El lo miraba todo desde su enorme estatura de hombre elegantemente vestido. Regresaba a la casa un poco después del mediodía, para meterse en su pieza, y sentarse en su escritorio o recostarse en la cama, para dedicarse a escribir todas las tardes. Recuerdo que en un momento llegó a mandar crónicas para 12 diarios, al mismo tiempo».

Raúl Morales La Mura, se recuerda de la mano de su abuelo, siempre muy temprano, disfrutando del aire de las primeras horas de la mañana; o junto a su abuela, Elena Wilson, -que escribía sus artículos como 'La Huasa'- acompañándolo en lugares populares alumbrados por las luces exánimes de lámparas sucias».

Para el nieto, «el abuelo era un tipo que disfrutaba las mañanas. Todo lo contrario

de mi abuela, Elena Wilson quien amaba la noche. Con ellos compartí, como niño y, después como joven, los dos extremos del día, que son dos mundos distintos y opuestos».

También eran adversos los caracteres psicológicos de ambos abuelos. «Mientras mi abuelo Raúl era un hombre elegante y ordenado; mi abuela Elena era una mujer buena para el garabato, para el cacho, para el

dominó, para hacer trampas jugando. Una mujer auténtica y directa, que odiaba todo lo siútico. Además, era una escritora de gran nivel y una escultora magnífica, que nunca estaba conforme con su trabajo. A mi me hizo varias cabezas, para luego destruirlas».

Raúl Morales La Mura, cree que los dos extremos se atraían con fuerza. «Ella fue una mujer que lo acompañó mucho, que creó que el abuelo no habría sido el periodista que fue si la abuela no lo acompaña y lo empuja a serlo». Los recuerdos del nieto se alojan «en las casas familiares de la calle Valentín Letelier, cerca de La Moneda; también en San Diego, al llegar al Teatro Caupolicán; y después se instalaron una casa en La Reina».

UNA ADIOS SIN ABRAZOS

Sin embargo, sus primeras emociones de niño que se le han cobijado en la memoria, lo sitúan en Cartagena, «donde el abuelo, después de vender la casa de La Reina, vivía en pensiones o casas arrendadas. Se levantaba muy temprano todos los días, arreglándose como si siempre fuera domingo, para salir a dar su paseo».

Había llegado a vivir en pensiones o casas de arriendo en el balneario, luego que al llegar a los 65 años, anunciaron, con bastante solemnidad, que pronto iban a morir. «Juntaron a la familia y preguntaron, qué vamos a hacer con la casa. Decidieron regalar los cuadros a los hijos y vendieron lo demás, para vivir con esa plata, la del Premio Nacional y sus escritos. No querían cargas materiales, ni atesorar fortunas para lo que les quedaba de vida. No podían prever que vivirían más de lo que creyeron».

Raúl Morales y Elena Wilson habían tenido cuatro hijos: Raúl, Juan, Miguel y Gabriel. El poeta Raúl Morales La Mura es hijo del primogénito y, por lo tanto, muy cercano a los abuelos, que le sobreviven en los recuerdos como si aún pudiera tocarlos con sus manos. Cartagena fue la estación anterior a su viaje definitivo a Quillota, en 1981.

Su nieto ya no estaba acá, pues, un año antes, luego de escapar de las torturas de la CNI, logró exiliarse en Francia. «La última vez que lo vi -dice su nieto- fue antes de mi partida al exilio. Como siempre se levantó muy temprano, tanto que llegó seis horas antes de la partida de mi avión, los que aprovechamos para recordarnos de tantas cosas vividas juntas, tratando de alejar el momento del adiós, que sé que le dolía, como a mí, terriblemente».

El poeta Raúl Morales La Mura se emociona al recordar que, «no hubo abrazos ni besos en la despedida. Quizás alguna mirada o el roce de nuestras manos fue el adiós definitivo. Entre tanto recuerdos no nos dimos cuenta del tiempo transcurrido, que el momento era importante para mi vida, y que no volveríamos nunca más a vernos».

La muerte separó al abuelo y al nieto, a miles de kilómetros de distancia, «fue un cataclismo emocional, por el hecho de no poder asistir a sus funerales. Me hubiera gustado haber estado aquí y decir algunas cosas sobre lo importante que fue en mi vida. De todas maneras, escribí algunos poemas en su homenaje e hicimos un recital para su recuerdo».

ALGUNAS PAGINAS DEL RECUERDO

El día en que ganó el Premio Nacional de Periodismo, en 1964, su nieto Raúl Morales La Mura, apenas se empuñaba sobre los cuatro años, pero recuerda la trajnada jornada. «En esos tiempos vivía en la casa de San Diego. Fue una fiesta inmensa, donde se mezclaban los amigos y, otros, que había



Raúl Andrés Morales La Mura, nieto del Premio Nacional de Periodismo, y autor de los libros «Veinte Poemas» y «Carta para un Continente» y , recogidos también en antologías chilenas y extranjeras.



Un viaje familiar hacia el recuerdo. En la gráfica, Lautaro Morales Espínola; el poeta Raúl Morales La Mura; su esposa María de los Angeles Espínola Vega; Quidora Morales Espínola; y su primo, el periodista Rubén Morales Cofré.

Pequeño retrato hablado del maestro

El Premio Nacional de Periodismo, Raúl Morales Álvarez y su primera esposa, Elena Wilson, vivieron en Quillota. Ambos famosos, en el periodismo y el arte, él brilló con luces propias. Es uno de los personajes más míticos dentro del mundo reporteril chileno. El, como pocos, hizo del oficio periodístico un arte de amar la verdad y decirlo con todas sus letras.

Vivió en Quillota en parte desde principios de los años 80 y hasta cerca de la mitad de los 90, primero con Elena Wilson, y luego de enviudar se casó con una distinguida dama quillotana. Su vida fue una verdadera novela del realismo mágico. Había nacido en plena selva ecuatoriana, sobre una carreta que custodiaban unos indios, que le auguraron un futuro largo, brillante, pero azaroso.

Amaba el periodismo tanto como a la vida. Le dedicó más de sesenta años al oficio al que se entregó con dientes y muelas. Ya se había dado cuenta que no sería marino ni abogado y que escribir era el destino que le habían trazado los astros y descifrado perfectamente los indios amazónicos, que asistieron a sus primera



en las oficinas principales del diario. Fue una noche repleta de cerveza, vino y tangos que se alargaron hasta la madrugada. Descansa en el mausoleo familiar del cementerio quillotano del Mayaca. Genio y figura. Su epitafio es un epigrama donde le saca la lengua a sus enemigos.

noche sobre el mundo.

Dejó este lado de los espejos en abril de 1994, aún feliz de haber vivido siempre al borde de la muerte o luchando por una verdad sin etiquetas. En Quillota fue asiduo de poetas, reporteros y carnicerías. Pasó años buscando un animal legendario: un buey de dos colas, para aumentar su sopa preferida.

Dispuso, detalladamente, los oficios de su muerte en una crónica, de su puño y sesos, que publicamos en «El Observador», varios años antes que sucediera. En ellos, pedía que lo veláramos en el diario, para sentir, en su silencio del adiós, el trajinar incesante de sus colegas y oler el aroma espeso de la tinta de las páginas recién impresas.

Cumplimos con la palabra empeñada. Lo velamos, cuan larguísimo era,